—Esto arregla el estómago, murmuró Bibí-la-Grillade.

El animal de Mes-Bottes contó que el viernes anterior cogió tal borrachera, que sus compañeros le pegaron la pipa en la boca con un pegamento de yeso, sin que él lo sintiese; otro hubiera reventado, pero èl siguió durmiendo como si tal cosa.

—¿Van vds. à repetir? dijo el tio Colombe con voz bronca.

—Sí; eche vd. otra rueda por mi cuenta, dijo Lantier.

Entonces empezaron á hablar de mujeres.

Bibí-la-Grillade, dijo que el domingo habia llevado la suya á Montrouge, á casa de una tia de la misma. Coupeau preguntó por una plachadora de Chaillot, conocida con el mote de la Malle des Indes. Iban á beber cuando Mes-Bottes viò pasar á Gouget y à Lorilleux, y los llamó á grandes voces. Ellos llegaron á la puerta y saludaron, pero no quisieron entrar. Gouget dijo que no tenia ganas, y Lorilleux que le hacia daño el aguardiente.

—¡Vaya un par de hipócritas! gruñó Mes-Bottes.

Al llevarse el vaso á los lábios, cogió al tio Colombe y le dijo:

¡Venga acá, tunante! ¿Porqué no has puesto del mismo? ¿No sabes que á mí no se me dá gato por liebre?

Como el dia iba entrando cada vez màs, el tabernero apagò el gas. Coupeau entretanto escusaba á su cuñado por no poder beber, pues esto despues de todo, no era un crìmen. Aprobaba tambien á Gouget, y decia que era una felicidad no tener nunca sed. Como dijese que se

iba á trabajar. Lantier, dándole una leccion, le dijo que al ménos antes de marcharse, pagase una ronda, pues no era cosa de dejar de aquel modo á los amigos.

Con efecto, Coupeau pagó su ronda. Pero cuando llegó la vez á Bibí-la-Grillade, este hablò al oído al tabernero, que hizo con la cabeza un signo negativo. Mes-Bottes lo comprendiò, y empezó á hechar por la boca sapos y culebras contra el tio Colombe. Pues no faltaba más que un bribon de su calaña se permitiese faltar de aquel modo á un compañero! El patron no se alteró y siguiò balanceándose con los puños sobre el mostrador diciendo cortésmente:

—¡Más sencillo es que vd. le preste dinero á su camarada!

—¡Y vaya sí se lo prestaré! rugió Mes-Bottes. ¡Toma, Bibí y hazle tragar el dinero á ese judío!

Despues, molestado por la vista del saco que Coupeau llevaba á la espalda, continuó dirigiéndosc al plomero;

—¡Pareces un ama de cria! Deja ahí ese bulto.

Coupeau vaciló un instante y con la mayor tranquilidad, como si se hubiese decidido despues de maduras reflexiones, dejó su saco en un banco diciendo:

—Ya es tarde. Iré à casa de Bourguignon despues de almorzar, y diré que mi mujer ha tenido un còlico Oye, tio Colombe, ahí dejo mis herramientas, y las recojeré al medio dia.

Lantier aprobó con una señal de cabeza esta determinacion. Segun él decia, es conveniente trabajar; pero cuando se encuentra uno con amigos, la amistad es

ántes que todo. Todos cuatro sentían una especie de cosquilleo y vivo deseo de divertirse: Coupeau, sobre todo despues de adoptar la prudente resolucion que hemos visto, parecía otro. Tomaron por ùltimo otra ronda y se dirigieron á otra taberna próxima donde habia un billar. El sombrerero hizo algunos ascos porque era un tabernucho súcio é indecente; báste decir que las bolas se pegaban al paño de la mesa. Sin embargo, una vez empezada la partida, Lantier, que jugaba bastante bien, recobrò su buen humor.

Cuando llegó la hora de almorzar, Coupeau tuvo una idea, y dando una patada en el suelo, dijo:

—Hay que ir á buscar à Bec-Salé. Yo sé donde trabaja... Le llevaremos à comer en casa de tia Luisa.

La idea fué bien acogida y todos partieron para ponerla en ejecucion.

Llovia à la sazon, pero tenian demasiado calor dentro del cuerpo para sentir aquel pequeño riego. Coupeau los llevó á la calle Marcadet; y como faltaba media hora para la salida del taller, el plomero dió una moneda de diez céntimos á un muchacho para que dijese á Bec-Salé que su mujer estaba muy mala y deseaba qué fuese en seguida. El herrero apareciò á poco rato, cantoneándose con aire tranquilo.

—¡Ah, borrachos! dijo al verles ocultos en el hueco de una puerta. ¡Ya os habia olido!... ¡Que hay que gastar?

De allí se dirigieron á la tienda de la tia Luisa, donde miéntras comian, dijeron otra porcion de perrerías de los patrones, Bec-Salé contó que en su taller habia un trabajo que corria mucha prisa, pero que á èl no le

importaba, y que ya se daría el amo por muy contento con que volviera. A él no habia miedo de que lo despachara ningun amo, porque no se encontraban con facilidad trabajadores de su temple y fuerza. Despues de los callos, comieron unas chuletas y cada uno se bebió su par de cuartillos largos de tallé. Todos iban estando calamocanos.

—¿Que se habrá figurado el mono de mi amo? ¡Pues no se le ha ocurrido al muy bribon poner una campana en el taller!... ¡Eso es bueno para esclavos!..... ¡Por su puesto, hoy puede estar tocando todo el dia! ¡Que me caiga un rayo si me cogen hoy en el yunque! Y si el patron se incomoda lo mando á paseo.

—Yo, dijo Coupeau con aire de importancia, me veo obligado á dejaros porque voy à trabajar. Se lo he jurado á mi mujer.... divertios, y ya sabeis que siempre podeis contar conmigo.

Los otros empezaron á darle broma pero él parecia tan decidido que todos le acompañaron cuando habló de ir á buscar sus herramientas á casa del tio Colombe. Cogiólas en efecto de debajo del banco y se las colocó delante miètras echaban el último trago.

A la una todavía estaba bebiendo, y entónces Coupeau, con un gesto de enojo, volvió á dejar herramienta debajo del banco, pretestando que le molestaban y no podia acercarse al mostrador. Decidiòse al fin à no ir à casa de Bourguignon hasta el dia siguiente. Los otros cuatro que estaban disputando sobre la cuestion de los salarios no se extrañaron cuando el plomero, sin la más ligera explicacion, les propuso dar una vuelta por el

boulevard para desentumecer las piernas. La lluvia habia cesado. El paseo se redujo a andar doscientos pasos todos en fila y con los brazos caidos sin dirijirse una sola palabra como si se hubiesen quedado mudos. Intintivamente y sin ponerse de acuerdo, subieron por la calle de Poissonnier y entraron en la taberna de Francisco á tomar unas copas. Verdaderamente la necesitaban para romper algo su buen humor. Lantier les hizo entrar en una especie de gabinete, separado de la sala comun por una especie de vidriera esmerilada. A él le gustaban los gabinetes particulares, porque se estaba en ellos con mucha independencia. Pidió un periódico, lo abrió por completo y lo recorrió con la vista frunciendo las cejas. Coupeau y Mes-Bottes se pusieron á jugar à la baraja. Sobre la mesa se veian dos litros y cinco vasos.

—Vamos ¿que dice ese papel? preguntó Bibí-la-Grillade al sombrerero.

Este, sin levantar los ojos, contestó:

—Estoy leyendo la sesion: ¡Vaya republicanos de tres al cuarto! ¡Valientes olgazanes! ¿Acaso el pueblo los nombra para beber agua con azucarillos? ¡No saben más que hacer la mamola á esos canallas de ministros. Si à mí me nombraran diputado, subiria á la tribuna, y diria:

—Vayan vds. á la m!.. Ni una palabra más ni una palabra mènos; esa es mi opinion.

—Habeis de saber que Bandinguet se ha dado de bofetadas la otra noche con su mujer delante de toda la corte, dijo Bec-Salè.

—Y dicen que fué porque él estaba medio alumbrado.

¡Dejemos á un lado la política! dijo el plomero. Lee los asesinatos, que son màs entretenidos.

Vaciaron los vasos y Lantier empezò á leer en voz alta:

«Un crímen espantoso acaba de sembrar el terror en en el pueblo de Gaillon. Un hijo ha matado á su padre con una azada para robarle dos francos...»

Todos exhalaron un grito de horror; de buena gana hubieran ido á ver gillotinar á aquel miserable. Segun ellos, para semejante crímen no era bastante la guillotina; hubiera sido preciso hacer gigote con el criminal. Igual conmocion les causó la noticia de un infanticidio pero el sombrerero, muy moral, escusó á la muger, echando toda la culpa á su seductor. Lo que mas les entusiasmó fueron las hazañas del marquès de T..... que al salir de un baile á las dos de la mañana fuè acometido por tres bribones en el boulevard de los Invàlidos, sin quitarse los guantes se habia desembarazado de los primeros y conducido al tercero por una oreja á prevencion. ¡Valientes puños! ¡Era una làstima que fuese noble!

—Oid esto, continuó Lantier, son noticias de la aristocracia. «La condesa de Bretigny casa á su hija mañana con el jóven baron de Valancay, ayudante de Su Majestad. El canastillo de bodas contiene más de trescientos mil francos de encages.....»

—¡Qué nos importa á nosotros! interrumpiò Bibi la Grillade. Nadie les pregunta cuàntos años tienen.....

Por más encajes que tenga la niña, me parece que verá la luna por donde los demas.

Como Lantier se dispusiese á terminar su lectura, Bec-Salé le quitó el periódico y se sentó encima diciendo:

—¡No, no, basta!....¡aquí está caliente!

Pidieron dos nuevos litros por haber dado fin á los dos primeros. Los vasos parecian cangilones de noria: no se acababan de vaciar cuando ya estaban llenos otra vez; la borrachera iba en aumento. A eso de las cinco empezaba aquello á tomar un aspecto poco agradable, hasta el punto en que Lantier pensó en desfilar. Justamente á aquella hora Coupeau se levantó para hacer la señal de la cruz de los borrachos. En la frente pronunció la palabra "Mont-pernase"; en el hombro derecho, Menilmonte;" en el hombro izquierdo, la "Courtille; enmedio del vientre, "Bagnolet;" y en la boca del estómago tres veces "lapin sauté. El sombrerero, aprovechándose del alboroto que produjo semejante ejercicio, tomó tranquílamente la puerta, sin que nadie se apercibiese de ello. El estaba tambien á media vela, pero tan pronto como salió á la calle y le dió el aire se serenó y volvió tranquilamente á la tienda diciendo á Gervasia que Coupeau estaba con unos amigos.

Pasaron dos dias y el plomero no parecia ni se sabia palabra de su paradero. Algunos, sin embargo, afirmaban haberle visto en casa de la tia Baquet, en la "Mariposa y en algunas otras tabernas y figones; solo que unos decian que estaba solo y otros que en compañía de siete ú ocho borrachos de su calaña. Gervasia se encogia de hombros con resignacion. Era preciso acostumbrarse à todo. Ella no era cosa de que fuese à buscar á su marido, y aun si por casualidad le veia al paso en una taberna, hacia como que no le habia visto y daba un rodeo para que no se enfadase, y volvia á su casa á esperarle. El pasaba lo noche sobre un monton de basura, sobre un banco, ó en medio del arroyo. Al dia siguiente, sin estar todavía limpio de la borrachera del dia anterior, volvia á las andadas con sus amigos, y aquello era el cuento de nunca acabar. A pesar de estos precedentes, Gervasia fué el segundo dia á la taberna del tio Colombe á tener noticias de su marido. Lo único que le pudieron decir es que le habian visto cuatro ó cinco veces. Tuvo que darse por satisfecha y llevarse las herramientas que estaban aun debajo del banco.

Lantier, por la noche, viendo que la planchadora estaba triste y preocupada, le propuso llevarla à un café cantante á fin de que se distrajera un rato. Al principio se negó, porque no tenia ganas de reir. A no ser por esto, hubiera aceptado, porque el sombrerero le hacia la invitacion con la mayor cortesía. Parecia interesarse por su desgracia y se mostraba, hasta si se quiere, paternal. Nunca habia pasado Coupeau dos noches seguidas fuera de su casa. Esto la hacia estar más inquieta y salir á cada momento á la calle á ver si asomaba por algun lado. A buen seguro que si le cogia un coche y le dejaba en el sitio, no habia de llorarle mucho, pues no se podia guardar cariño hàcia una persona que tan indecentemente se portaba. Cuando se encendió el gas, Lantier repitió su ofrecimiento y ella aceptó. Despues de todo era muy nécia en no admitir aquel convite,

cuando su marido llevaba, hacia tres dias, una vida de polichinela. Puesto que él no volvia à su casa, justo es que ella saliese. Estaba ya tan harta de vivir, que si la casa empezaba á arder, no habia de ser ella la que intentase apagar el fuego.

Comieron de prisa y corriendo, y á eso de las ocho salió Gervasia del brazo de Lantier, diciendo á mamà Coupeau y á Nana que se acostasen en seguida, pues habia cerrado la tienda. Salieron por la puerta del patio y dejaron la llave á la señora Boche suplicándole que si por casualidad volvia el cerdo de su marido hiciesen el favor de acostarle. Cogidos del brazo, como hemos dicho, siguieron por la acera dando que hablar á todos los tenderos de la calle que sonreian maliciosamente y decian mil bromas de color un poco subido al verlos pasar.

El café cantante estaba en el boulevard de Rochechouart. Un círculo de bombitas, de porcelana blanca dibujaba un pórtico luminoso, y á ambos lados de la puerta, pegados en grandes tableros que llegaban al suelo se veian inmensos cartelones.

=Ya hemos llegado, dijo Lantier. Esta noche es el debut de la señorita Amanda, cantadora del género.

En esto apercibió á Bibí-la Grillade que estaba, como él, leyendo el anuncio. Tenia un gran cardenal casi negro en un ojo, procedente, sin duda, de algun puñetazo cogido el dia ántes.

—¡Hola! ¿y Coupeau? preguntó el sombrerero. ¿Donde té lo has dejado?

—¡Oh! no le he visto desde ayer. Al salir de casa de la tia Baquet se armó una quimera á causa de que el

mozo quería cobrar dos veces, y como no me gustan los juegos de manos, tomé el atole y me fuí á dormir.

Habia estado durmiendo diez y ocho horas y aun bostezaba.

—¿Y no sabe V donde podrá estar mi marido? le preguntó Gervasia.

—De ninguna manera... Cuando salimos de casa de la tia Baquet eran las cinco... Sin embargo, aunque no estoy seguro, me parece que le ví entrar, al separarnos, en la "Mariposa" con un cochero... Es lo ùnico que recuerdo.

Lantier y Gervasia pasaron una velada muy agradable en el café cantante. A las once, terminada la funcion, volvieron à casa, tarareando las canciones que habian oido, aunque sin apretar macho el paso. Lantier cantaba entre dientes la cancion de la señorita Amanda:

Me hace cosquillas
En la nariz.

Gervasia como aturdida, repetia el estribillo. Habia tenido en el café bastante calor, á causa de las dos copas de licor que habia tomado, del humo de las pipas y de la respiracion de tanta gente como habia allí amontonada. Lo que mas impresion le habia hecho, era la señorita Amanda. Nunca se hubiera ella atrevido á presentarse de aquella manera en pùblico Sin embargo, habia que confesar que tenia una piel capaz de dar envidia y muy buenas formas. La planchadora oia con cierta curiosidad sensual á Lantier, que daba detalles de la cantante como si la conociese muy à fondo.

—¡Todos estan dormidos! dijo Gervasia despues de haber llamado tres veces sin que los Boche abriesen.

Al fin se abrió la puerta, pero el portal estaba como boca de lobo, y cuando ella llamó en la porteria para pedir su llave, la portera le contó media dormida, una historia que al principio no entendió; pero al fin sacó en limpio que el marido de Virginia habia traido à Coupeau en muy mal estado, y que la llave debia estar puesta en la cerradura.

¡Uf! murmuró Lantier cuando hubieron entrado ¿Qué hay aquí? Esto es una verdadera infeccion.

En efecto, apestaba de una manera terrible. Gervasia que iba buscando los cerillos andaba sobre mojado. Cuando consiguió encender, se ofreció á sus ojos un espectáculo repugnante. Coupeau habia echado hasta el redaño, llenando toda la habitacion, incluso la cama, la alfombrilla de los piés y hasta la cómoda, y habiendose escurrido de la cama donde le debió echar Poisson, roncaba tendido como un cerdo en medio de aquella inmundicia.

=¡Oh, que puerco! ¡que sucio! repetia Gervasia llena de indignacion y desesperada, ¡ni un perro habria hecho otro tanto! .... ¡Todo lo ha manchado!

Ninguno de los dos se atrevia á moverse, porque no sabian donde poner el pié. Nunca habia vuelto el plomero de aquella manera ni habia puesto el cuarto de aquel modo. Así es que semejante espectàculo asestó un terrible golpe á los sentimientos que aun podia experimentar hácia él su esposa. Aquello era repugnante, y no hubiera cogido á su marido ni con unas tenazas. La idea sola de que la piel de aquel hombre asqueroso tocase la suya, le causaba la misma repugnancia que si le mandasen acostarse junto à un cadáver putrefacto,

—Sin embargo tengo que acostarme, murmuró. No es cosa de irme à pasar la noche en la calle.

Diciendo esto procuró saltar por encima del borracho, y tuvo que agarrarse á la cómoda para no escurrirse y caer. Entonces Lantier que contemplaba el cuadro con una ligera sonrisa en los lábios le cogió una mano y le dijo en voz baja y ardiente:

¡Gervasia!... ¡oye Gervasia!...

Pero ella le comprendió y desprendió su mano; tuteándole á su vez como antiguamente, sin darse cuenta de ello, le contestó:

—¡Dèjame Augusto...! déjame... entra en tu cuarto... Yo me arreglaré como pueda, subiré á la cama por los piès.

—Gervasia, vamos, no seas necia, repetia él. Esto huele muy mal y no puedes permanecer aquí... ¡Ven! ¿que temes? ¡él no puede oirnos!

Ella luchaba y decia que nó con la cabeza enérgicamente. En medio de su turbacion. y como para mostrar que se quedaba allí, ampezó á desnudarse, colocando su vestido de seda sobre una silla y quedándose en un momento en camisa y chambra, con los brazos y el cuello desnudos. Por dos veces intentò pasar á la cama, pero Lantier, incansable en su intento, la cogia por la cintura y la decia mil cosas para enardecerla, La pobre se encontraba en una situacion triste. Delante tenia al borracho inmundo de su marido que la impedia meterse en su lecho honestamente, y detrás à un bribon desalmado que queria aprovecharse de sus tristes circunstancias. Como el sombrerero alzase la voz, le suplicó que se callase, y prestó oido á la habitacion donde dor-

mian mamá Coupeau y Nana. Ambas debian dormir, porque se oia su respiracion regular.

—¡Augusto, déjame! vas á despertarlos le suplicó con las manos juntas. Sé razonable.... otro dia en otra parte .... pero no aquí.. delante de mi hija....

El no hablaba pero seguia sonriedo, y lentamente la besó en el oido para aturdirla, como hacia en otro tiempo. Entonces ella perdiò las fuezas, sintió un gran ruido en el cerebro, y un calosfrio en todo el cuerpo. Sin embargo, intentó de nuevo pasar, pero no era posible y tuvo que retroceder; el olor era insoportable; Coupeau entre tanto, roncaba como sobre un colchon de plumas entre tanta inmundicia.

Tanto peor para él murmuró Gervasia; él tiene la culpa ..... Dios mio no puedo más ..

Y miéntras Lantier la empujaba hácia su habitacion, apareció el rostro de Nana tras los cristales de la puerta de su dormitorio. Acababa de despertar y levantarse en camisa sin hacer ruido. En sus grandes ojos de niña viciosa brillaba una curiosidad sensual.

IX

Aquel invierno faltó poco para que mamá Coupeau se marchase al otro barrio. Todos los años, por el mes de Diciembre, el asma la tenia postrada en cama dos ó tres semanas. Por San Antonio iba á cumplir setenta y y tres años, lo cual, unido á sus padecimientos, no le prometian mucho mas de vida. El médico decia, que se iba á morir de un golpe de tos, sin tener tiempo para decir Jesus.

Cuando estaba en cama mamá Coupeau, se ponia irresistible. Hay que tener en cuenta que la habitacion en que dormia no tenia nada de alegre. Entre su cama y la de Nana cabia solo una silla. El papel de las paredes, ademas de oscuro, viejo y descolorido, estaba à trechos hecho girones. Aquello era insoportable. Al fin de noche, aunque no durmiera, oia dormir à la niña y esto la distraia; pero durante el dia, como la dejaban